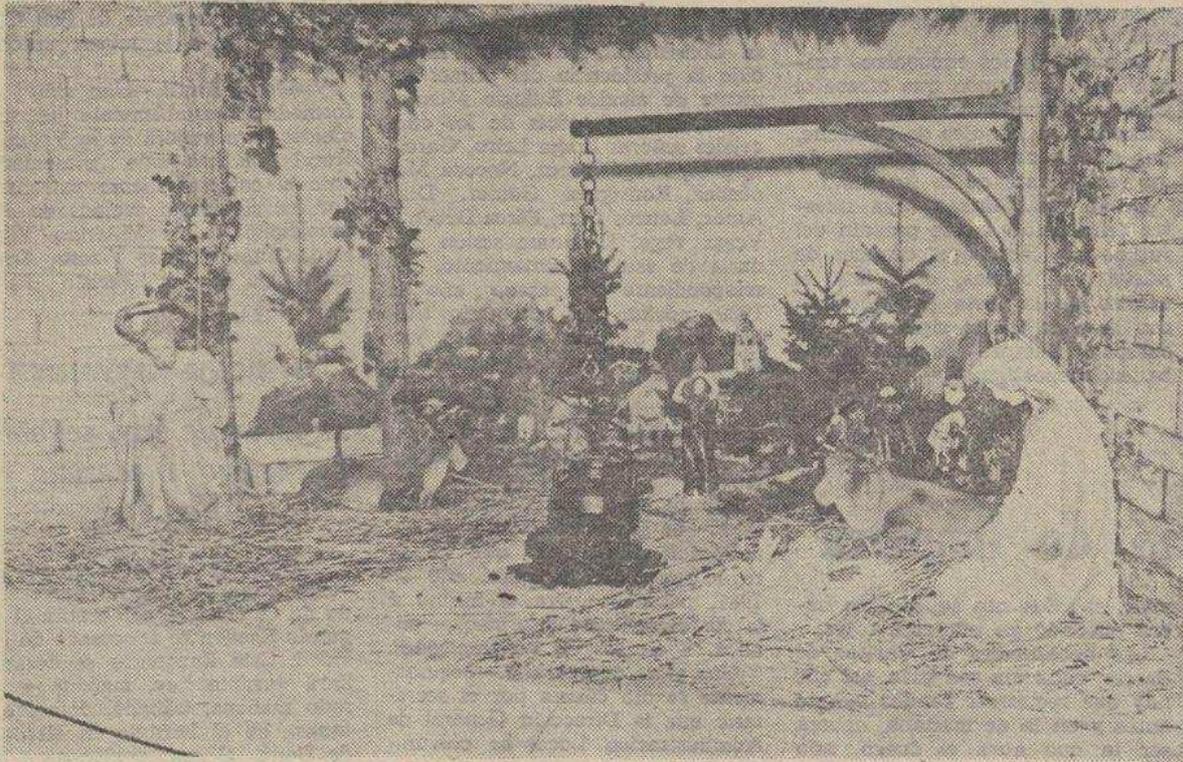


BEGONTE: Una concepción colectiva de la Navidad (I)

Francisco Javier Lama López



Lejana queda en el tiempo la primera representación plástica del nacimiento de Jesús que se atribuye a San Francisco de Asís al reproducir en Greccio el humilde escenario en que Cristo nació, pero el arte popular del belenismo no murió, sino que los años se encargaron de ir perpetuándolo como testimonio de fe, o, simplemente, como tradición vinculada a una satisfacción puramente estética.

En Begonte sigue perviviendo aún esa costumbre histórica como vínculo de unión entre el presente y el pasado, como génesis vital que se renueva cada año, igual que si de un afán se tratase. Quizás esta idea choque con una concepción de la sociedad que podríamos calificar de futurista, con una idiosincrasia institucionalizada, sea o no popular, que gira en torno a aspectos como la tecnificación, la masificación, etc.

Lo cierto es que cada año, desde 1972, Begonte vuelve a ser un importante foco de atención para miles de personas que hasta allí se desplazan con el ánimo de participar dentro de su particular clima navideño.

Este interés inusitado puede ser una muestra más de

que siguen perviviendo elementos intemporales, ya sea en el orden moral o en el material frente a la temporalidad creciente de nuestro tiempo. Es difícil de predecirlo con total fidelidad, por lo que todo tipo de cábalas que se hagan sobre el asunto siempre corren un riesgo de implicación moral subjetiva; aún así es probable que muchas personas se sientan atraídas por motivos religiosos y traten de revivir el nacimiento de Cristo, pero también es indudable que otras personas se acercan a Begonte desligadas de ese tipo de ortodoxia con el único fin de pasar un rato agradable ante lo que bien pudiera calificarse como un espectáculo de interés.

Es conveniente, por tanto, distinguir estas dos caras, y creo que no es del todo procedente identificar el Belén exclusivamente con la vertiente espiritual.

Sólo las mentes idealizadas y, por qué no, idealizantes, pueden elaborar utopías como la de considerar al Belén poco menos que un símbolo estable de religiosidad frente al marasmo de la vida cotidiana.

Niños y mayores se acercan en estos días a Begonte atraídos por el quehacer de unos hombres que a lo largo de

varios años ven como ese hijo tan querido va creciendo y acaparando, cada vez más, la atención de un mayor número de personas. Atrás quedan las primeras representaciones que conllevaron bastantes dificultades, iniciadas con la finalidad de hacer algo atractivo que rompiera con la monotonía de un pequeño pueblo y fuese objeto de reclamo para los visitantes, que, con el tiempo, alcanzarían cifras impensables en sus labores.

A todo esto pueden añadir unos fines humanitarios como es ese intento de transmitir una dosis de paz y de hermandad en una época en la que predominan las acciones violentas con esas crueles secuelas que son la destrucción, el hambre, etc.

El trabajo fue arduo en un primer momento e, incluso, algunas figuras fueron hechas a mano ante la imposibilidad de conseguirlas en un mercado donde la estereotipación domina sobre la creatividad. Más tarde llegaría el reconocimiento público y el apoyo de los medios de comunicación, que cumplieron una importante tarea de promoción.

En este año, en concreto, se amplió la superficie del Belén añadiendo nuevas figu-

ras, alguna muy atractiva, que se vienen a sumar a las ya existentes.

Estas figuras aparecen ocupadas en los más diversos trabajos en una simbiosis de elementos gallego-hebreos, y así podemos contemplar a la segadora que mueve la guadaña sin descanso, a los hombres que tiran eternamente de un borriquito como luchadores impotentes de una ensañación surrealista, a los leñadores que están serrando un tronco con extraordinaria vivacidad, intemporales como el propio infinito, al herrero que trata de dominar el callado poderío del hierro, a la lavandera que se acciona como vivaz pantomima. El agua discurre por el río donde los pescadores sujetan la caña tratando de cobrar una pieza, o permanece aprisionada en el lago, en el que un remo trata de impulsar su barquita. Especialmente interesante resulta la figura del alfarero que llama poderosamente la atención.

Si de alguna manera hubiese de ser definido el Belén probablemente la acepción más cercana fuese la de naïf. Esto tiene una explicación lógica debido a la manifiesta ingenuidad propia de un arte tan popular como es el belenismo, porque al lado de los Magos en sus camellos, de la Virgen, de S. José, del Niño, de los palacios orientales, de las palmeras, aparecen figurillas con móviles ocupaciones gallegas, y es posible afirmar que el contorno social del hecho emotivo está enmarcado, preferentemente, en un contexto galleguizado.

De la actividad diurna pasa a un estado amorfo de oscuridad nocturna, en un principio pacífica, que se rompe al surgir relámpagos, lluvias, nieves y la escena de la Anunciación del Ángel, todo ello por medio de efectos luminosos, con lo que se da por finalizado un proceso que se repite de cuarto en cuarto de hora.

El dinamismo de buena parte de las figuras y la coordinación precisa para dotarles de esa capacidad son, sin duda, los elementos más llamativos de este belén.

Probablemente los ojos infantiles sean los más agradecidos, porque, a buen seguro, su fantasía ilimitada y su capacidad de asombro los induzca a sensibilizarse de una manera especial y a comportarse apasionadamente, no de un modo indiferente, sino de una forma activamente creativa. Este pequeño mundo mágico es para pensar, para imaginar, o, sencillamente, para contemplar.

BEGONTE: UNA CONCEPCION COLECTIVA DE LA NAVIDAD (Y II)



Francisco José Lama López
JANER

En nuestra reciente visita a Begonte con el objeto de contemplar su Belén electrónico estuvimos charlando con algunas personas del propio pueblo para conocer su impresión, su testimonio directo sobre las actividades que allí se organizan durante la época navideña y, a la vez, para desintoxicar la pluma de cualquier hipótesis subjetiva.

Hubo respuestas de tipo muy variado predominando sobremanera los aspectos positivos sobre los negativos. Unos opinan que esta serie de actos le dan un realce a la villa del que antes carecía, puesto que al llegar el período navideño un número considerable de personas se recuerdan del nombre de Begonte, y éste se pone de actualidad en unos medios periodísticos que le están brindando su apoyo. A este respecto, un señor nos dijo: "por lo menos no estamos totalmente olvidados y es una manera de que mucha gente conozca nuestro pueblo que, de otra manera sería tan desconocido como otros muchos de la provincia".

Otros apuntaban en el sentido de que lo organizado era interesante, porque durante estas fechas se hace algo distinto a lo habitual, se rompe con la monotonía cotidiana, puesto que se celebran actos culturales y artísticos de tipo variado e, incluso, se manifestó el sentimiento de orgullo de ofre-

cer algo de interés a gentes extrañas al municipio. No faltó quien dijo que en la Prensa se le había dado demasiada importancia al Belén con ciertas vagas connotaciones. Se refería a que sobre él se ha escrito con implicaciones morales o doctrinales un tanto tendenciosas, las cuales aún existen no son su único objetivo.

El magnetismo propio de estas fechas, que favorece la unión y los valores más elementales opuestos a lo caótico, lo antinatural o lo irracional del mundo, está por encima de barreras morales y constituye un sentimiento universalizado. Creo que a este extraño magnetismo tan ligado a la tradición secular debe el Belén de Begonte buena parte de su éxito.

Sería, pues, utópico y, a la vez tópico, teorizar desde una posición personal sobre el belén, sus valores adyacentes, efectos, consecuencias, etc.

El motivo que debe llenar de orgullo a los begontinos son las incansables visitas. Este año se está renovando el éxito del precedente y aún superando las cotas alcanzadas.

Gentes de la costa y del interior, de la provincia y de otros lugares de Galicia no olvidan su cita anual ya metódica, porque creen en la Navidad y en su mensaje. Impulsadas por la curiosidad, o por el hecho de revivir un acontecimiento tan importante como el nacimiento de Cristo, no escatiman kilómetros ni generosidad para sumarse al amplio colectivo.

La magnitud de visitantes, que supera las de cualquier otra manifestación cultural, artística, etc. en nuestra provincia, nos induce a abrir interrogantes sobre el poder carismático del Belén begontino. Supongo que aparte de los motivos religiosos, que los hay, y artísticos, también

su importancia es relevante y gratificadora en el orden social, ya que contribuye a ello la convivencia, el intercambio de impresiones y el clima de diálogo, de magia, de esa magia infantil que nos hace sentir niños y disfrutar un tanto ingenuamente con la imaginación, a la vez que contemplamos la vitalidad de las figuritas móviles y todo ese mundo de hechizo que se prolonga por espacio de un cuarto de hora.

Sería injusto olvidarnos de otras actividades que le reportan un ambiente cultural a esta celebración. Son la exposición de Gonzalo Pérez Rielo, un pintor ya fiel en su presencia desde anteriores ediciones que está obteniendo cálidos elogios del público. También dentro de las artes plásticas destaca la obra del escultor lucense Peinó, un hombre que da rienda suelta a sus fantasías un tanto vanguardistas en las tallas de madera. Su reconocido prestigio a nivel de crítica nos ahorra cualquier valoración.

De gran interés cabe calificar de cara a la expectación pública los numerosos objetos cerámicos del popular Indalecio de Bonxe que realiza piezas a la vista de los espectadores. Esta muestra está ilustrada fotográficamente por Carlos, mostrándonos la metamorfosis de dichas piezas.

A todo ello cabe añadir los diversos certámenes culturales y el concurso de ornamentación navideña que este año fue secundado con gran interés por el vecindario poniéndonos de manifiesto una identificación con el Belén fuera de toda duda. También se suman actuaciones de masas corales, concursos para colegiales, etc.

Este amplio abanico organizativo viene a demostrarnos que las gentes que lo hacen posible trabajan sin desmayo, se preocupan incesantemente por ofrecer al público una serie de atractivos cada vez más densos y cuidados sin esperar una recompensa material. Quizás esa satisfacción de trabajar para todos, de aunar esfuerzos en una meta común que es a la vez un reto, sea el mejor pago.

Conviene no olvidar que aún sigue habiendo localidades como ésta donde aflora la tradición navideña despojada de intereses comerciales y donde persiste esa ilusión tan jovial del belénismo ligada a nuestra más tierna infancia en un momento en que las influencias colonizantes no favorecen precisamente un auge de estas tareas.

Begonte nos invita a su centro parroquial, y lo hago, creo, sin ánimo panfletario, ni docente, sino con un espíritu de comunicación, de acercamiento, de participación, reivindicando la Navidad, pero sin capitalizarla, pues hemos de ser cada uno de nosotros los que la vivamos a nuestro modo, dentro de nuestros propios esquemas de vida.

Sin pecar de exagerados: en nuestra provincia, una Navidad sin Begonte es menos Navidad.